

## §. VI.

LXXVI.  
Como debe entenderse esta sentencia que defendemos.

Mas para no errar en el uso de esta sentencia, será importante advertir, que las indicadas profecías de Jesu-Christo no se debieron cumplir luego al instante; de modo que quanto se consumáse el Misterio de la Cruz y Pasion, hubiesen de quedar mudos todos los falsos Oráculos del orbe de la tierra. Algunos Críticos (1) modernos, por querer entender las cosas tan materialmente, no juzgaron de ellas como convenia; y de aqui negaron que la venida del Salvador fuese la causa del silencio de los Oráculos.

Para esto alegan que unos habian cesado antes de Christo, y otros no cesaron hasta mucho despues. Apolo Delfico, dicen, no daba respuestas desde mucho tiempo antes de Ciceron, (2) como lo notó él mismo. Otros las dieron, y fueron consultados hasta los dias de los Emperadores Teodosio, Graciano, y Valentiniano. Lo que consta de las Leyes que estos hicieron contra los que consultaban à los Idolos. Plutarco los supone en uso.

LXXVII.  
Se explica el pasage de Ciceron, que dá por fenecido en su tiempo el Oráculo Delfico.

Mas estas razones son muy ineficaces para fundar una opinion singular, y solo hacen nacer una razonable dificultad contra la sentencia recibida. El testimonio de Ciceron, que es el mejor documento que trae Antonio Van-Dale, necesita de explicacion, y ésta la debe recibir por comparacion à otros pasages de Plutarco, de Suetonio Tranquilo, y otros Escritores posteriores al dicho Tulio, y no menos serios.

Es-

(1) Van-Dal de Oraculor. Eclimicor. Orig.  
(2) Cic. de divinac. lib. 2. Cur isto modo jam Oracula Delphis non eduntur, non modo nostra ætate, sed jam diu, ut nihil possit esse contemptius?

Estos Escritores son entre sí contrarios, y unos serán desmentidos por los otros si sus palabras no admiten alguna moderatoria: Ciceron dice que ni en su tiempo ni mucho antes se daban Oráculos en Delfos: Plutarco y Suetonio dicen, que se daban en el suyo siendo estos Autores mucho despues. ¿Dirémos, que Apolo mudo desde antes del tiempo de Ciceron, volvió à tener habla en el de Plutarco, Suetonio, Nerón, &c.? Con que se deberá decir que el pasage de Tulio no ha de tomarse con la ampliacion de que un Orador se sirve muchas veces. De aqui es que quando afirma que en sus dias no se daban Oráculos en Delfos, debe entendersele respectivamente à los que alli se daban en otro tiempo; pero no que absolutamente hubieran cesado.

Tomando las palabras de Ciceron con esta moderacion, dejan lugar à los pasages de Suetonio y de los otros Autores, y se concuerda todo con la verdad de la historia. Pues es constante que hasta el tiempo de Constantino no se destruyó el Templo y supersticion de los de Delfos. Unas palabras de Plutarco prueban decisivamente este temperamento que pongo al testimonio de Ciceron. Plutarco deja dicho antes, que en su tiempo se mantenía todavia en Delfos una Sacerdotisa. *Nunc unica est Antistita.* En otro tiempo confiesa tambien que habia necesidad del ministerio de tres; pero entonces por el poco número de los que preguntaban, bastaba con una (1). De aqui es, que en tiempo de Ciceron, ni antes

tes

(1) Plutarco. de Oraculor. defectu. post init. Postquam vero Dei voluntate Græcia Urbis crevit, & locus frequentari hominum copia cepit, duabus usi sunt vatibus quæ per vices ad Cortinam sederent: eratque etiam tertia designata, tanquam adsidens iis. Nunc unica est Antistita: neque incusamus, cum ejus opera Consultoribus sufficiat.



tes de él habia faltado enteramente la supersticion de Apolo: pues mas de un siglo despues duraba aun, no obstante que espirando. Neron le preguntó algunas cosas y tubo por respuesta que se guardáse del año setenta y tres (1).

LXXVIII.  
Esta inteligencia concuerda à Ciceron con Suetonio, con el Edicto de Constantino, y con otros documentos que opone Van-Dale.

La virtud Evangélica iba obrando por grados à modo que se estiende y propaga la luz. Proporcionalmente iba la supersticion y los genios de la noche retirandose. Asi describió Plutarco esta decadencia de los Oráculos, hasta que entrando el día del Evangelio acabaron de enmudecer, y de disiparse. Aun en tiempo de Constantino no dejaban de fatigar con preguntas à la Pythia. En el edicto de este Emperador que refiere Eusebio (2), se dice que solo habia respondido una vez para confesar el imperio de unos varones Christianos y justos que le habian obligado à callar.

Las leyes que cita Van-Dale de Teodosio, Graciano, y Valentiano, no prueban sino que duraban todavia muchas reliquias del Paganismo, y de la perversa costumbre de ir à consultar à los Idolos. ¿Pero dicen las leyes alegadas que ellos les respondian ò daban Oráculos, como antes del Evangelio? Nada de esto. Con que solamente se infiere que habia en aquel tiempo supersticiosos, agoreros, y gente dada à observancias vanas. Pues hoy tampoco falta este pecado en el mundo, y viven las leyes Eclesiásticas y Reales que lo castigan. Pero quasi en todos estos casos se peca mas con el afecto que en el efec-

(1) Sueton. in Nerone num. 40. Ut vero consultò Delphis Apoline, septuagesimum ac tertium annum caveudum sibi adibit, quasi eo demum obicitur, &c. Y añade Juan Schildio: Adhuc dum igitur responsa dare, Delphicus iste demon perseveravit.

(2) Euseb. in vita Constantini.

efecto. Porque ninguna ò rarissima vez responde el demonio à estos miserables, que lo solicitan.

## §. VII.

Juliano acabó de probar y asegurarse de esta virtud del Evangelio quando aplicó sus esfuerzos à reparar la idolatría y el uso de todas las supersticiones antiguas. Para ello restableció en Delfos el Templo y culto que habia destruido Constantino. Pero un rayo arruinó poco despues el impío trabajo de Juliano, y no ha quedado algun vestigio de él, ni de la entrada à la caverna.

Aun el nombre de Delfos se ha mudado, y hoy se llama *Castri* aquel lugar. Las cabras, ni las mugercillas que servían allí de Sacerdotisas, no sienten yá aquel dios subterráneo que las soplabá y hacía poëtizar con furor.

Si tales convulsiones y efectos no hubieran tenido mas causa que el humo de ciertas drogas que allí se quemaban, facil hubiera sido à Juliano restablecer el uso del *Tripode*: y si las produjera el vapor natural de la caverna, duráran todavia regularmente, ó pudieran sentirse de tiempos en tiempos.

No intento con esto defender que dejase de intervenir en Delfos mucho artificio, como lo significó Demostenes. El espíritu diabólico no está reñido con algun fraude. Esto es propio del Espíritu Santo que *huye* (1) *de todo lo que es fingido*, y se aleja de los proyectos necios. Y asi no concurrirá Dios jamas

Tomo III.

Yy

con

(1) Sap. 1. v. 5. Spiritus Sanctus disciplinæ effugiet fictum, & auferet se à cogitationibus quæ sunt sine intellectu.



con un impostor à confirmar sus embustes con Oráculos, ni milagros verdaderos. Pero el diablo se acomoda à todo enredo, y se ayuda de las trampas ò artes humanas.

LXXIX.  
Juliano y los Filósofos no atribuyeron à otra causa mas principal la cesacion de los Oráculos.

Lo cierto es, que los Filósofos con el mismo Juliano quedaron convencidos de que Jesu-Christo era la causa real de esta decadencia. En Eusebio se refiere un pasage de Dionysio Alexandrino (1), que afirma expresamente que los Christianos eran el impedimento de las antiguas encantaciones.

Luciano, en el Dialogo del Pseudo-profeta Alexandro, expresa que se guardaba de dos clases de personas para sus divinaciones, de los Christianos y de los Epicurianos. Comenzaba ordinariamente sus vaticinios por esta salutacion: „ Si hay entre los circunstantes algun Epicuriano, ò algun Christiano, ò algun otro profano, que haya venido para burlarse de los mysterios, que se aleje de aqui; y que los fieles se acerquen para ser iniciados. “

Porfirio, citado tambien de Eusebio (2), se quejaba por esto mismo de Jesu-Christo. Despues que se le habia comenzado à conocer y dar culto, decia que no hacian los dioses beneficios à los pueblos; que las pestes se encarnizaban en ellos, y no tenian yá el recurso à Epidaurò para que Esculapio viniese à sanarlos. En Efeso, donde los Oráculos y la Magia tenian una célebre escuela à la sombra de Diana (3), se rindieron à la predicacion de San Pablo

(1) Dionys. Alexandr. epist. ad Hermamon. apud Euseb. histor. lib. 7. cap. 10. scele-ratis & execrandis incantationibus adversari (Christianos) & impedimento esse.

(2) Euseb. præparat. Evang. lib. 5.

(3) Era adagio entre los antiguos: *littera Ephesia*. Servía para ponderar unos caracteres célebres en la Magia: porque los de Efeso tenian unas letras, que refiere San Clemente (lib. 5. Stromat.) con que se jactaban vencer à todos en los certámenes y juegos publicos.

tantos doctos en aquellas malas artes, que importaban los libros curiosos que dieron à las llamas delante del Apostol, cinquenta mil dineros (1). Si éstos eran de plata, sumaban mas de trescientos y veinte mil reales de nuestra moneda; y si eran Romanos, valian al menos cien mil reales.

## §. VIII.

Vemos finalmente quasi los mismos efectos de esta irresistible virtud en la historia de nuestros tiempos, y confirmamos con los experimentos presentes la noticia de las cosas pasadas. ¿Quién ha derribado en la America el Reyno del diablo, y el uso de los Oráculos? Una gente sierva poco há de tantas supersticiones, y olvidada ahora de sus Idolos y de sus respuestas, desde que les amaneció el Evangelio; nos acuerda el suceso de las naciones antiguas y de las supersticiones que amaban perdidamente, hasta que el Christianismo les hizo hombres, y rompió las bocas de los Oráculos y de los Sacerdotes que los hacian infelices è irracionales. Esto es mas constante que quantos prodigios y monstruos se leen en Solís, Herrera, Acosta, Botero y otros historiadores del nuevo mundo, haber ostentado el demonio al arribo de los Españoles, para irritar los animos de aquellos pueblos, y hacerles defender sus viejos ritos. Con harta experiencia presentía alli la misma ruína que habia antes padecido en el antiguo continente. Pero no pudo resistir à la disposi-

LXXX.  
Cesau por el Evangelio los Oráculos paganos de nuestro tiempo.

(1) Act. Apostolor. cap. 19. v. 19. Multi autem ex eis qui fuerant curiosa sectati, contulerunt libros & combuserunt coram omnibus: & computatis pretiis illorum, invenerunt pecuniam denariorum quinquaginta millium.



cion soberana que para tal tiempo tenia decretada la ilustracion de aquellas naciones, y ser él echado de sus Pagodes, Idolos, adoratorios y Templos.

De lo dicho hasta aqui sobre la verdad de los milagros de Jesu-Christo, asi por la historia innegable que los contesta, como por todas las circunstancias de las mismas maravillas contestadas, se llena la demostracion de que el verdadero Dios que las hizo, es quien habló en toda la doctrina y Religion que juntamente nos dió. Esto nos bastaba para deber creer quanto nos digera; segun respondia San Agustin à las dos proposiciones de los Maniqueos: ¿Es el Omnipotente que hizo estos prodigios el mismo que tambien nos enseñó esta santa Religion en que vivimos? ¿Pues qué sacrificio hacemos, ó qué trabajo fingimos en creerla?

LXXXI.  
Se cierra la demostracion de la Religion sobre un axioma de Lógica, y con él argüia à los Fariseos el curado en el Sabado.

Con este discurso eficazísimo combatía el parálitico curado por Jesu-Christo à los Judíos. Se ahogaban aquellos hipócritas en creer que habia obrado el milagro en el Sabado, y acusaban al enfermo de que llevaba à costas su lecho. Este se desembarazaba de las sutilezas de sus calumniadores con esta sola palabra: *El que me hizo sano, me dijo tambien que cargara con el lecho y anduviere* (1).

Con toda su arte de pensar ó su *Lógica admirable*, ni con todas sus reglas para demostrar, pudieran hacer un discurso mas concluyente Aristoteles, ni Arnaldo, ni otro argumentante. La prueba que daba de su fé à los Moralistas farisaicos, que lo querian meter en escrupulos, es en el arte de pensar de Arnaldo el axioma diez (2). *El testimonio* (dice)

(1) Joan. 8. (2) Arnald. Logic. part. 4. cap. 7. axiom. 10.

DE LA EXIST. DE LA RELIG. CHRIST. 357  
(dice) *de una persona infinitamente poderosa, infinitamente sabia, infinitamente buena, infinitamente veridica, debe tener mas eficacia para persuadir à nuestro entendimiento que las razones mas convincentes.*  
„ Porque debemos estar (añade Arnaldo) mas ciertos de que no engaña el que es infinitamente bueno, que lo podemos estar de que no nos engañamos en las cosas mas claras. “ Este era precisamente el argumento del que sanó por el milagro de Jesu-Christo. Hombres importunos, que me fatigais; (des queria decir à sus acusadores); no cederá mi voluntad libre à una palabra que acaba de rendir en mí à una naturaleza inflexible y à una enfermedad tan rebelde? ¿Creeré mas bien à las dudas de vuestra fingida santidad, quando no pudisteis jamás sino affigirme y agravar mi trabajo en el Sabado y en todo tiempo? ¿El que supo ponerme bueno, ignoraría que era Sabado? ¿El que sin interés, ó por sola su bondad me desató de la muerte, querrá dañarme haciendome reo de la Ley? Dejadme llevar el yugo suave y la carga leve de aquel que lleva mis (1) enfermedades, y nos viene ya à quitar el fardo de esta Ley que no pudieron soportar nuestros padres (2).

## §. IX.

Esto nos pone à las puertas de un artículo principal que debe tratarse quando se examina la verdad de los milagros, segun la division hecha al principio de esta Disertacion: y es el carácter y santidad

LXXXII.  
Se dá por supuesto el Artículo de la santidad de J. C. Autor de los dichos milagros.

(1) Matth. Tr. 7. 30.

(2) Actos. Apost. cap. 15. 7. 10.



idad de la persona que obra los milagros. Pero al considerar que se habla de Jesu-Christo y de su santidad de vida, falta el espíritu, y tiene por mejor no comenzar, que haber luego de dejarlo. Todo lo dicho, y lo que se dice en la Disertacion siguiente, demuestra que él es el SANTO, el prometido de Dios, el esperado de las gentes, el celebrado de los Angeles, el temido y sentido de los demonios, y el reverenciado hasta de las plumas y lenguas de los enemigos de su santo nombre, y de su Evangelio. Sirva aqui la confesion de Rousseau por la de muchos Filósofos, è Impíos.

LXXXIII.  
Confesion de  
Rousseau en ho-  
nor de los Evan-  
gelios.

„ Yo confieso (dice) que la santidad del Evange-  
„ lio habla à mi corazon. Ved los libros de los Filó-  
„ sofos con toda su pompa, quan pequeños son en  
„ comparacion de este libro admirable. ¿Era posible  
„ que fuese compuesta por hombres una obra tan  
„ sublime, y juntamente tan sencilla? ¿Es posible  
„ que el sugeto de quien se hace esta historia, fuese  
„ un hombre y no mas? ¿Es ese ayre y estilo el de  
„ algun entusiasta ò de algun sectario ambicioso?  
„ ¡Qué dulzura! Qué pureza de moral! Qué gracia  
„ tan penetrante en sus instrucciones! Qué elevacion  
„ en sus máximas! Qué profunda sabiduría en sus  
„ discursos!... ¿Podemos decir que la historia del  
„ Evangelio ha sido inventada al gusto? No: asi no  
„ es como se finge; y los hechos de que nadie duda,  
„ son menos testificados que los de Christo. Sería  
„ mas admirable que muchos hombres de acuerdo  
„ hubiesen formado este libro, que el que un solo  
„ sugeto haya dado todo el asunto. Jamás los Au-  
„ tores judios hubieran hallado ni este tono, ni esta  
„ moral: y el Evangelio tiene unos caracteres de

„ ver-

„ verdad tan convincentes, y tan perfectamente in-  
„ imitables, que à ser supuesto, sería el inventor  
„ mas célebre que el Héroe. “ Ved alabada la ver-  
„ dad de la historia de los Evangelios y la santidad  
(no de su Héroe, nombre harto pequeño para Chris-  
to) sino del hombre Dios por sus mismos enemi-  
gos. Esto nos dispensa de alargarnos en otro artículo,  
de que pende la certeza de los milagros: Además  
que veremos otros tantos testimonios de la divina  
persona y carácter de Jesu-Christo en las profecías  
que hablaron de él, y de sus acciones. Lo vamos à  
ver en la Disertacion siguiente.

Para esta me dá tambien ocasion otra confesion  
de Juliano, que aun quando contestaba la virtud de  
Jesu-Christo para obrar verdaderos milagros, y en  
especial le hacía causa de la cesacion de los Orácu-  
los; pero añadía que tambien habia hecho callar à  
los Profetas. Contra este despique verémos en lo  
que se sigue dos verdades principales. La primera,  
que Jesu-Christo no disipó la profecía, asi como  
los falsos Oráculos; la segunda, que dura en la Igle-  
sia el mismo dón.

LXXXV.  
Dicho de Julia-  
no y transición  
à la Disertacion  
siguiente.



DI-